

EL BAILE DE LA PAREJA

Trabajo terapéutico
con parejas

Luz de Lourdes Eguiluz Romo
Compiladora



Índice

Prólogo	13
<i>Luz de Lourdes Eguiluz Romo</i>	
Capítulo 1. La terapia de pareja con el enfoque estratégico breve evolucionado	23
<i>Giorgio Nardone y Gianluca Castelnuovo</i>	
La investigación-intervención en el campo clínico	27
El método estratégico en relación con otros modelos de psicoterapia	30
Las fases de la terapia	33
Ejemplos de intervenciones estratégicas con parejas en crisis	35
El diálogo estratégico como manera funcional de comunicarse con la pareja	39
Referencias	42
Capítulo 2. La pareja y el habla	45
<i>Sergio Bernales Matta</i>	
Las preguntas iniciales	45
Una pequeña viñeta	48
La lingüística del discurso	49
Breve historia del signo hasta convertirse en significado	51
El lenguaje como acción	53
El decir y lo dicho	57
Apéndice	69
Referencias	76

Capítulo 3. Psicología de la pareja humana y construcción de la familia	79
<i>Juan Carlos Carena y Osvaldo Filidoro Sutich</i>	
Dimensiones de la relación de pareja	82
Modos de enamoramiento	87
De la pareja a la familia	90
Diversidad familiar	92
Estructura familiar inconsciente	94
A modo de conclusión	96
Referencias	98
Capítulo 4. Se mata a quien se quiere. Los juegos del mal amor	99
<i>Marcelo R. Ceberio</i>	
¡Te amo!	99
Juegos del mal amor	104
Psicoterapia para llegar al buen amor	124
Qué no debe hacer un terapeuta de pareja	128
Qué debe hacer un terapeuta de pareja	129
Referencias	130
Capítulo 5. Psicoterapia de pareja: fe en el vínculo o el desafío del <i>ménage à trois</i>	133
<i>Claudio Des Champs</i>	
Uno de los grandes desafíos de la pareja: el <i>ménage à trois</i>	134
Algunos datos o cuadro de situación de las parejas actuales	135
De la inteligencia emocional y la solvencia relacional en la pareja	137
El día a día de la pareja	139
La escena corporal	139
El otro <i>ménage à trois</i> : la presencia requerida, intrusiva, curiosa, discreta, provocadora, apaciguadora, perturbadora, catalizadora y contenedora del terapeuta	140
Primer movimiento hacia un escenario diferente: “El cuento del rabino” o “las razones que les asisten a ti, a mí y a quienes participen”, parcialidad multidireccional, neutralidad y curiosidad	143
Cuando las palabras no bastan	148

Algunas observaciones y reflexiones acerca de la psicoterapia de pareja	149
De etapas y crisis	150
El diálogo, la experiencia personal, la creación de la obra y algunas reflexiones acerca de la pareja	154
Qué une y qué desune a una pareja	155
Para concluir	156
Referencias	157
Capítulo 6. Investigación en terapia de pareja: un estudio comparativo tendiente a evaluar factores de eficacia en un equipo tratante	159
<i>Omar Biscotti</i>	
Conformación y funciones del equipo	160
Eficacia en terapia de pareja	163
Parámetros comparativos	164
Parámetros y resultados	166
Comentarios, hipótesis y propuestas	173
Eficacia	175
Proyectos	176
Referencias	176
Capítulo 7. Los recursos de algunas parejas que han logrado transformar la adversidad en crecimiento	177
<i>Luz de Lourdes Eguiluz Romo</i>	
Método	180
Procedimiento	181
Resultados	183
Conclusiones	186
Referencias	187
Acerca de los autores	189

Capítulo 1

La terapia de pareja con el enfoque estratégico breve evolucionado

Giorgio Nardone y Gianluca Castelnuovo

El egoísmo no consiste en vivir como nos gusta sino en exigir que los demás vivan como nos gusta.

OSCAR WILDE

El enfoque estratégico no es una simple teoría y una práctica en el terreno de la psicoterapia, sino una verdadera y auténtica escuela de pensamiento que remite a cómo los seres humanos se relacionan con la realidad o, mejor, a cómo cada uno de nosotros se relaciona consigo mismo, con los demás y con el mundo.

El supuesto fundamental es que la realidad que percibimos y a la que nos atenemos, incluidos los problemas y las patologías, es fruto de la interacción entre el punto de observación asumido, los instrumentos utilizados y, además, el lenguaje que usamos para comprometer esa misma realidad; por lo tanto, no existe una “verdadera” realidad, sino tantas realidades posibles cuantas son las posibles y diversas interacciones que se producen entre el sujeto y la realidad.

De este supuesto se deriva que cualquier situación que debemos vivir, sea esta sana o insana, es resultado de una relación activa entre nosotros y aquello que vivimos. Dicho de otra manera: cada cual construye la realidad que, luego, padece.

Podemos considerar los trastornos mentales, individuales o de pareja, como resultado de una modalidad disfuncional de percepción y reacción ante la realidad, literalmente construida por el sujeto o los sujetos mediante sus disposiciones y acciones. Este es un proceso de construcción, en cuyo interior, si cambian las modalidades perceptivas del sujeto o los sujetos, cambian también sus reacciones.

La concepción de la terapia estratégica, que se encuentra en la base misma de la terapia breve, tiene presente esta lógica aparentemente tan simple que en la práctica clínica se expresa llevando al paciente, a menudo

mediante estratagemas y formas refinadas de sugestión que eludan sus resistencias, a experimentar percepciones alternativas de su realidad. Estas nuevas experiencias emocionales correctivas lo llevarán a cambiar sus anteriores percepciones y disposiciones disfuncionales emotivas, cognitivas y conductuales.

No obstante, los planteamientos estratégicos de la psicoterapia, aun cuando se haya demostrado concretamente que son uno de los modelos más eficaces y eficientes para solucionar en poco tiempo la mayoría de las patologías psíquicas y conductuales (Bloom, 1995; De Shazer y Berg, 1991; Nardone, 1991), han tenido que hacer frente, desde su más temprana formulación (Weakland *et al.*, 1974), a importantes dificultades antes de ser aceptados por la comunidad psicoterapéutica. Esta, educada en su mayoría con los modelos psicodinámicos de terapia a largo plazo, se ha mostrado (paradójicamente, si nos atenemos a su rol social) hostil a la idea de una posible resolución de los problemas humanos en plazos cortos, incluso cuando esto se ha demostrado ya de forma concreta (Bloom, 1995).

Por lo demás, la historia de la ciencia muestra tantos ejemplos de resistencia al cambio de las teorías consideradas “verdaderas”, que no hay siquiera necesidad de comparar la mencionada hostilidad hacia la nueva y distinta actitud con la que la Inquisición mantuvo en relación con los descubrimientos de Galileo; es decir, si los hechos no concuerdan con la teoría (o la fe), peor para los hechos. Baste recordar las dificultades que la teoría de la relatividad de Einstein y la mecánica cuántica de Heisenberg (por más que hayan sido comprobadas de manera experimental) han debido superar para llegar a sustituir las anteriores formulaciones positivistas en el campo de la física. Cuando las formulaciones teóricas y aplicadas se convierten en teorías autoinmunizantes (Popper) es propio de su naturaleza que se resistan denodadamente a cambiar, porque funcionan como sistemas autorreferentes (Foerster, 1973) basados en el mecanismo de la autopoiesis (Maturana y Varela, 1980) y, sobre todo, porque representan para las personas que creen en ellas el fundamento de su identidad personal (Salvini, 1988), cuya estabilidad hay que proteger puesto que, si cae la teoría en que creen, se derrumba igualmente su identidad personal. No hay que olvidar tampoco, a este respecto, que a Milton Erickson, en los comienzos de su brillante carrera, se le expulsó de la Asociación Estadounidense de Psiquiatría (APA) por recurrir a enfoques terapéuticos no ortodoxos.

La terapia estratégica es, entonces, una intervención terapéutica casi siempre breve, orientada a la extinción de los síntomas y a la solución del

problema, o los problemas, que presenta el paciente. Este planteamiento no equivale en modo alguno a una terapia conductual o una terapia sintomática superficial, sino a una reestructuración y modificación del modo de percibir la realidad y las reacciones conductuales del paciente.

La concepción fundamental es que la resolución del trastorno requiere la ruptura del sistema circular de retroacciones entre sujeto y realidad, que es lo que mantiene la situación problemática, la redefinición de la situación y la consiguiente modificación de las percepciones y las concepciones del mundo que constriñen a la persona a respuestas disfuncionales.

Desde esta perspectiva, recurrir a noticias o informaciones sobre el pasado o sobre la denominada historia clínica del sujeto representa solo un medio para disponer de mejores estrategias de resolución de los problemas actuales, y no un procedimiento terapéutico como suele ser en las formas tradicionales de psicoterapia.

El terapeuta, desde el primer encuentro con el paciente, en vez de estudiar su pasado, concentra su atención y su valoración en:

- a.* Qué sucede en el interior de los tres tipos de relaciones interdependientes que el sujeto mantiene consigo mismo, con los demás y con el mundo.
- b.* Cómo funciona el problema que se presenta en el seno de este sistema relacional.
- c.* Cómo ha intentado el sujeto, hasta ese momento, combatir o solucionar el problema (soluciones intentadas).
- d.* Cómo es posible cambiar esa situación problemática de la manera más rápida y eficaz (Nardone y Watzlawick, 1992).

Después de haberse puesto de acuerdo con el paciente acerca de los objetivos de la terapia a partir de las primeras interacciones terapéuticas (diagnos-intervención), se construyen una o más hipótesis sobre los puntos citados, y se diseñan y aplican las estrategias para la resolución del problema presentado. Si la intervención funciona, se observa por lo común en el paciente una clara reducción sintomática, desde los primeros compases de la cura, y un cambio progresivo en las maneras de percibirse a sí mismo y al mundo. Con esto se entiende que la perspectiva con que se percibe la realidad se desplaza poco a poco de la rigidez, típica del sistema perceptivo-reactivo que alimentaba la situación problemática, a una percepción elástica de la realidad y de buena disposición ante ella, con un refuerzo

progresivo de la autonomía personal y de la autoestima, debido al hecho de comprobar que la resolución del problema es posible.

La primera formulación de terapia estratégica se debe al grupo de investigadores del Instituto de Investigación Mental (MRI, por sus siglas en inglés) de Palo Alto (Weakland *et al.*, 1974). Estos autores sintetizaron su perspectiva sistémica con las aportaciones técnicas de la hipnoterapia de Milton Erickson, de modo que, hecho esto desde la óptica de la formulación de modelos sistemáticos, convirtieron el enfoque estratégico de la terapia de Erickson de puro arte o simple magia que era, en un procedimiento clínico repetible. Sin embargo, la tradición pragmática y la filosofía de la estratagema en cuanto clave de solución de problemas poseen una historia mucho más antigua. Hallamos, en realidad, aportaciones estratégicas que todavía nos parecen modernas, por ejemplo, en el arte de la persuasión de los sofistas, en la antigua práctica zen o en el libro de las 36 estratagemas de la antigua China.

Paralelamente a la evolución del modelo MRI, Jay Haley, también miembro del conocido grupo de Bateson para la investigación de la comunicación y que, junto con John Weakland, había estudiado durante años las características del estilo terapéutico de Erickson, desarrolló una formulación personal de terapia estratégica, que obtuvo resultados semejantes a los del MRI.

Más tarde, en los primeros años de la década de 1980, apareció un tercer modelo de terapia breve con base sistémico-estratégica formulado por Steve de Shazer y su grupo de Milwaukee (De Shazer, 1982, 1984, 1985, 1988a,b). Los resultados presentados por este grupo, en lo que se refiere a eficacia y eficiencia, parecen ser todavía más significativos. Con el tiempo, otros autores pertenecientes a alguno de estos tres grupos han desarrollado los modelos básicos (Madanes, 1990; Berg y De Shazer, 1993; O'Hanlon, 1987; O'Hanlon y Weiner-Davis, 1989; Nardone, 1991; Nardone y Watzlawick, 1993; O'Hanlon y Wilk, 1987).

En la década de 1990, debido al impulso de la enorme demanda social y al éxito en la aplicación de las terapias breves y estratégicas, el enfoque de la terapia breve ha alcanzado una gran expansión en lo que se refiere a la investigación aplicada y la producción de bibliografía específica. Son ya muchos los autores que, refiriéndose específicamente a uno de los tres modelos básicos, o bien asumiendo una posición de síntesis, presentan formulaciones específicas para contextos aplicativos particulares o tipologías específicas de tratamiento para formas concretas de patología (Madanes,

1990; Nardone, 1991, 1993, 1996; Nardone y Portelli, 2005; Nardone y Watzlawick, 1992, 1993, 2004), con interesantes desarrollos técnicos y un incremento aún mayor de la eficacia y la eficiencia terapéuticas.

La investigación-intervención en el campo clínico

Desde 1985 en el Centro de Terapia Estratégica (CTS) de Arezzo se han desarrollado investigaciones particulares dirigidas a diseñar modelos avanzados de terapia breve estratégica, que han llevado a la formulación de importantes protocolos específicos de tratamiento para formas concretas y relevantes de patología psicológica. Este apartado se dedica a la descripción de la metodología de la investigación empírico-experimental seguida por los investigadores del CTS de Arezzo, con el fin de aclarar para el lector los procedimientos sistemáticos que han conducido a los resultados expuestos, de modo que considere el trabajo presentado, no fruto de fantasías nocturnas o iluminaciones matutinas del terapeuta en turno, sino efecto de un laborioso y metodológicamente correcto proyecto de investigación puesto en práctica.

En el papel de quien se considera investigador en el terreno clínico o, como preferimos definirlo, estudioso de técnicas para la solución de problemas humanos, está inscrito como problema inicial a resolver, la tarea de ofrecer una definición clara, concreta y comunicable de los problemas que son objeto de su estudio.

La realidad más habitual que hallamos en el análisis epistemológico de los criterios para definir las patologías psíquicas o conductuales es que la descripción de un problema está profundamente embebida de la teoría de referencia del terapeuta, quien, de manera consciente o no, filtra en todo caso la realidad que observa a través de su lente interpretativa. Esta lente se basa, como bien ha destacado Salvini (1988), las más de las veces en presupuestos implícitos en los procesos de atribución causal que el profesional utiliza sin darse cuenta de cómo influyen en los fenómenos con los que interactúan (Nardone y Warzlawick, 1992; Salvini, 1988). En cambio, siempre se ha creído en el campo de la psicoterapia que quizá fuera posible atenerse a una pura y simple descripción fenomenológica de los problemas, prescindiendo de la muy conocida cuestión de la influencia del observador en los fenómenos observados (Heisenberg, 1958; Rosenthal y Jacobson, 1968; Foerster, 1973). Fundados en esta convicción, se han redactado cientos de

Capítulo 2

La pareja y el habla

Sergio Bernales Matta

Las preguntas iniciales

Como terapeutas de una pareja que nos consulta, la primera pregunta que solemos hacernos es: ¿qué distingue esta terapia de otras que se ocupan del ser humano en su calidad de sufriente? Una probable respuesta reside en la focalización de la relación, que es donde los problemas de la pareja aparecen, se muestran y se resuelven. Desde ahí nos hacemos las preguntas que siguen.

¿Cuáles son los tipos de problemas que pueden aparecer? Los que emergen desde ciertas situaciones que se vuelven críticas y pueden ser observados en algún tipo de comportamiento para esa situación —por ejemplo, la velocidad de las exigencias en tensión con la falta de tiempo; la compatibilidad de la vida de pareja con la vida de familia, o de la vida profesional con la vida familiar— o de comportamientos que se usan para variadas situaciones, revelando predisposiciones individuales contagiosas. Lo que se juega permanentemente es el conflicto entre el encuentro y la soledad.

¿Cómo se expresa el tipo de problema delante del terapeuta? A través del relato que cada uno hace de él, de la argumentación empleada para fundamentarlo y del diálogo que la pareja efectúa sobre el problema cuando el terapeuta lo pide (Bernales, 2005a).

¿Qué aparece en ese acontecimiento que se volvió problemático? En el fondo, el problema que los trae proviene de la posibilidad de dos lecturas incompatibles respecto de una situación: el sentido que uno otorga a los gestos, palabras y actos para lograr un mundo en común se contrapone a los

gestos, palabras y actos del otro, guiado por el mismo propósito. Se revela así un tipo de incompatibilidad que pone a la diferencia de interpretación en el centro, y donde los signos que cada uno realiza para allegarse a la experiencia del otro solo confirman el malentendido y la exclusión. La consecuencia es que la experiencia individual no encuentra salida en el modo de la propia identidad, que es lo que cada uno de ellos anhela que se preserve; por el contrario, la experiencia de la individualidad propia es la de una fuerza inútil, incapaz de transmitir su propio ser y de realizarlo ante el otro (Gianinni, 1982). Tal es el drama de la soledad (parcial o definitiva) en que cada uno queda al no encontrar un modo para resolverlo.

A poco andar, el sentido que cada cual le otorga al problema, a través del pronunciamiento sobre su significado, difiere. Si tomamos una parte del ejemplo señalado más arriba, el marido puede considerar, como falta de reconocimiento hacia él, la mala cara que ella tiene cuando él llega de su trabajo, acontecimiento que revela para él una exigencia de más dedicación de tiempo para ella y los hijos, en desmedro de un trabajo que lo absorbe y que ejecuta pensando en el bienestar familiar. O, en un ejemplo opuesto, la tristeza de la señora cuando escucha críticas permanentes de su marido respecto a la forma en que fue educada en su familia de origen, la cual consiguió incentivar su autonomía en vez de coartar su desarrollo laboral e intelectual, significado por ella como una orden de solo permanecer en la casa en funciones de esposa y madre.

¿Cómo aparecen los distintos sentidos para cada cual? A través de la revelación del modo en que cada uno ha construido su sistema desiderativo y de creencias, la manera en que significan los eventos, la apertura para expresarlo delante del otro, las disposiciones visibles de mostrar tal o cual manera de ser —carácter, personalidad— en distintas situaciones que les toca enfrentar, la manera en que toman la iniciativa o se contagian de la tomada por el otro, etcétera.

De lo que se trata es de que cada persona adquiere gradualmente una experiencia, y en la comprensión que se logra al interior de ella, es capaz de significarla para cambiarla o dejarla fijada, según atienda a lo que la comprensión le dejó, o a lo que sus certezas, guiadas por la tradición en la que esa experiencia se ha desarrollado, transforman en creencia. Se trata de una experiencia que necesita ser transmitida de algún modo con el fin de que el otro participe de alguna manera de ella.

Como es fácil observar, la pareja está inmersa en algún tipo de habla que desnuda la expresión de lo que les pasa y la forma en que significan

esa expresión; en otras palabras, en distinciones dentro de aquello que denominamos lenguaje.

En esa habla aparecen variadas formas posibles. Una cosa es la lingüística del código y otra la del discurso. Una cosa es decir y otra, lo dicho. Una cosa es el acontecimiento, otra su significación y su sentido. Una cosa es la intención del interlocutor y otra, el sentido de lo expresado.

¿Cómo se relaciona cada uno de ellos con el sentido común que desean que aparezca en esa situación que reveló un acontecimiento que se volvió problemático y se expresó en el lenguaje? Lo que aparece es algún tipo de necesidad y deseo de proximidad con el otro.

Se revela a través de un modo que los dispone a ponerse en el lugar del otro, en cómo el otro vive una determinada situación o atenerse a enfrentar el conflicto que emerge desde ahí cuando no lo logran; para eso, la pareja requiere encontrar la expresión adecuada en un lenguaje que posibilite la construcción de significados comunes. Dado este paso, la pareja necesita todavía un broche: que esos significados comunes sean compartidos en variadas áreas.

¿Cuál es el tipo de tensión que se genera debido a la diferencia entre el sentido propio que se quiere mantener y el deseo de tener un sentido que sea común para ambos?

Sea por la aparición del deseo de imponer el criterio propio al otro, aunque sea sometiéndolo; sea porque se busca la aparición de un consenso; sea porque lo que guía es el deseo de cuidar al otro haciéndole un lugar a su deseo de sentido, la pareja se las tiene que ingeniar con lo inevitable de variados tipos de tensión entre ellos, habitualmente expresados en malentendidos o en anómalos ejercicios de poder, en donde el lenguaje desempeña, como se ha insistido, un papel muy importante.

Y para reafirmar lo anterior —aunque lo que se señala a continuación está desde un comienzo y tiñe de manera importante la conversación, el diálogo o el propósito que se tiene al hablar con el otro significativo o con el que se está en conflicto—, el modo en que cada cual gesticula pone énfasis en ciertas palabras, ordena el discurso que quiere que le entiendan, interrumpe cuando no se siente entendido o se molesta al ser interrumpido, cumple de entrada con un par de los viejos axiomas de la comunicación enunciados por Watzlawick, el de la imposibilidad de comunicar y el de la prioridad del modo sobre el contenido (Watzlawick *et al.*, 1981).

La invitación que se hace es para reflexionar con detenimiento acerca de todo esto.

Una pequeña viñeta

Antonio y Clara consultan después de hallarse separados los últimos seis meses porque quieren volver a intentarlo, esta vez, desde otra propuesta relacional. A poco andar, aparecen las situaciones que los llevaron a separarse.

El circuito es el siguiente: él se queja de que ella no toma nunca la iniciativa, que es indolente, maniática de cierto orden, poco innovadora en la cama y que le pone poco empeño a todo. Ella se siente insegura, a punto de ser, con frecuencia, abandonada si no da el tono que él desea, no se siente querida por ser como ella es. Sin embargo, es frecuente que de la inseguridad pase a la rabia, baje la cabeza, acepte la proposición que él le hace, pero a medio camino se arrepienta, entre en un silencio prolongado y después le reproche la posición en que la deja. Surge, como consecuencia, el rechazo a tener relaciones sexuales, no ir adonde se había comprometido hasta terminar prefiriendo quedarse sola.

Del otro lado, Clara le pide que le cuente adónde anda cuando llega tarde, que la acompañe con interés a las reuniones del colegio de los hijos y que se involucre con ella, más allá de lo sexual. Este pedido de Clara es muy posterior y efectuado con dificultad debido al efecto que ella cree que puede desencadenar.

Es claro que la tendencia de Antonio consiste en imponer su criterio en la convivencia bajo la aparente búsqueda de un consenso que es inicialmente aceptado por Clara y boicoteado en el paso siguiente. No les resulta fácil encontrar un mundo con significados comunes, compartidos y coherentes entre el decir y el hacer. Él dice que está dispuesto a aceptarla en sus iniciativas, pero si ella toma alguna que él no acepta, cierto tipo de orden, por ejemplo, se enoja y la amenaza con no volver. Ella dice que entiende la queja de él, refiriéndose a su pasividad, pero lo que muestra es el temor de ser abandonada, al punto de prometerle que cambiará y será como él quiere, algo del todo imposible y paradójico. El resultado es un sí que a él lo entusiasma por un breve período y lo frustra en el siguiente, mientras ella intenta, sin éxito, convertirse en la persona con iniciativa que él pretende, hasta que descubre que allí lo único que hay de ella involucrado es el miedo a quedarse sin familia y, de nuevo, con los hijos sin la presencia del padre tal como ella lo desea.

Entre el decir, lo dicho y lo obrado se abren horizontes de diferencia que Antonio y Clara no han podido resolver. Hay en su habla muchas distinciones que hacer.

La lingüística del discurso

La pregunta siguiente es: ¿Cómo se manifiesta, en la clínica de la pareja, el habla de los consultantes? Las parejas que nos consultan intentan resolver los conflictos pidiéndonos que los ayudemos a conversar porque solos ya no pueden. “Se nos enredan los códigos”, dice un marido que expresa con eso la impotencia de no ser entendido. “Me está dando órdenes siempre, aunque me diga que no lo hace”, señala una mujer, exasperada ante la prohibición de su autonomía. Al preguntarles cómo pasa aquello, cualquiera de los dos inicia un discurso que intenta decir algo y, al decirlo, subraya ciertos aspectos con el fin de producir un efecto de coherencia en lo que está diciendo, aunque muchas veces el resultado sea el contrario.

El discurso, el oral en este caso, presenta una condición de posibilidad que es la dialéctica entre acontecimiento y sentido. Por un lado, el discurso aparece como acontecimiento: algo sucede cuando alguien habla. Es algo que se manifiesta cuando distinguimos entre una lingüística del código o de la lengua y una lingüística del discurso o del mensaje.

Podemos distinguir *lengua* de *habla* (De Saussure, 1982), y *esquema de uso* (Hjelmslev, 1959). La teoría estructural pone entre paréntesis *habla* y *uso*, la teoría del discurso suprime el paréntesis y postula la existencia de dos lingüísticas distintas regidas por leyes diferentes. Mientras que para la lingüística de la lengua lo que importa es el signo, para la lingüística del discurso lo que importa es la palabra y, más aún, la oración (Benveniste, 1978).

Esta relevancia de la oración es la que permite una dialéctica del acontecimiento y del sentido. ¿Qué se entiende por acontecimiento?

1. Que el discurso se realiza en el tiempo y en el presente (el sistema de la lengua, en cambio, es virtual y ajeno al tiempo).
2. Que el discurso remite al hablante mediante indicadores como los pronombres personales. Es una pregunta pertinente averiguar quién habla (el sistema de la lengua no tiene sujeto y esta pregunta es irrelevante). El carácter de acontecimiento del discurso se vincula con la persona que habla, es autorreferencial.
3. Que el discurso es siempre a propósito de algo, se refiere a un mundo que pretende describir, expresar o representar. Hay un mundo que llega al lenguaje a través del discurso (los signos lingüísticos remiten a otros signos dentro del sistema y logran que la lengua no tenga ya mundo).

4. Que en el discurso los mensajes se intercambian. El discurso no solo tiene un mundo, sino que tiene un otro, un interlocutor al cual está dirigido. El acontecimiento es el fenómeno temporal del intercambio, es el establecimiento del diálogo que puede entablarse, prolongarse o interrumpirse (la lengua no es más que una condición previa de la comunicación a la que provee códigos).

Una forma de presentar la dialéctica entre acontecimiento y sentido consiste en decir que “todo discurso se realiza como acontecimiento y se comprende como significado”.

¿Qué se entiende por significado? El significado es el hecho perdurable de la fugacidad de un acontecimiento. Al entrar en el proceso de la comprensión, el discurso en tanto acontecimiento desborda en significado porque hace manifiesta la intencionalidad misma del lenguaje. Se pasa del decir a lo dicho, pero ¿qué es lo que se dice? Hay varios niveles (Searles, 1980):

1. Hay un acto *de* decir, una proposición (acto locucionario).
2. Hay algo que hacemos *al* decir, una fuerza del acto (acto ilocucionario).
3. Hay algo que hacemos *por el hecho de que* hablamos, es el efecto del acto (acto perlocucionario).

En el caso de nuestro ejemplo: Antonio *le* dice a Clara lo que piensa de ella, *lo* dice de una manera que a ella le provoca un temor específico, el que *al* decirlo de la manera como lo dice, se siente obligada a cambiar para que él vuelva a la casa, y al decirlo, *por el hecho de hacerlo*, provoca un efecto que va en busca de cierto resultado, que para Antonio es que ella entienda su frustración, y para Clara, debatirse entre su manera de ser o complacerlo.

Si observamos con atención en el nivel conceptual, vemos que el acto de decir es el de la oración como proposición, susceptible de ser transmitida con tal o cual sentido y que tiene un agente y un paciente. Ese mismo acto de decir tiene un modo de hacerlo que puede ser indicativo, imperativo, expresivo, etc. que *señala* la fuerza de la oración y que se acompaña de una mímica, de gestos y de una prosodia que le dan el carácter de convincente *al* decirlo. Ya dicho lo que fue *dicho*, aparece su efecto, que es quizá lo menos inscribible en el discurso, pues el discurso, en este momento, actúa más como un estímulo que provoca emociones y disposiciones afectivas en el interlocutor.

Si miramos desde el lado de la intencionalidad, podríamos decir que la intención muchas veces decrece si la oración no va acompañada de una intencionalidad parecida en el modo y cuando no se quiere provocar el efecto que provocó, situación que muchas veces obliga a disculparse, pero en otras ocasiones hay concordancia entre los tres actos y, en ese caso, el modo, la fuerza ilocucionaria es la que comanda el acto *de* decir (algo frecuente en las situaciones que buscan la ostentación de algún ejercicio del poder).

En el caso de Antonio, este es menos consciente del efecto que provoca en Clara o de la manera en que obliga a Clara a una paradoja del tipo “sé espontánea”, situación que se evidencia cuando ella habla disculpándose y provoca el enojo de él mediante un gesto apenas perceptible en su rostro, pero que alcanza para que ella, conocedora de esos pequeños detalles faciales, interrumpa su discurso y también se enoje con la cara que él pone. Solo entonces, Antonio percibe lo imperativo de su discurso y lo atrapante que puede ser para ella en ese juego, que ya Eric Berne denominó *corner*, en el que uno de los jugadores no puede salir de “si haces porque lo haces, si no haces porque no lo haces” (Berne, 1966).

Cuando un miembro de la pareja sostiene un tipo de discurso X que se hace repetido en el tiempo, podríamos decir que, a través de él, está mostrando su manera de *componer* su ideario de vida en cierta práctica, en una actividad; está mostrando también la *pertenencia* a un género para llevarlo a cabo (más narrativo, más ensayístico, más poético, más teatral, más legal, más declarativo), y el *estilo* singular que lo revela como el autor de esa práctica ejercida de esa manera, como si fuera su obra (Ricoeur, 1982).

Podríamos incluso decir que el acontecimiento consiste en aquella parte irracional del discurso que se comprende a través de algún tipo de racionalidad al otorgarle un sentido que lo hace propio o del cual uno se desdice teniendo que decirlo de otra manera. El estilo de cada cual muestra tendencias que lo reconocen como el autor hablante que ha trabajado con el lenguaje o entra muchas veces en conflicto porque no lo ha hecho. ¿Qué es lo que supone haber trabajado con el lenguaje?

Breve historia del signo hasta convertirse en significado

Entre los movimientos expresivos ligados a los signos, hay uno que es más formalizable: el signo fonético. Es aquí donde el signo adquiere el carácter